



Los

LAS SIRENAS DE EMERGENCIA NO SE HABÍAN APAGADO CUANDO EL RUIDO

de otro motor retumbó en la plaza. El silencio del mercado fue roto por pesados pasos sobre el pavimento y luego por alguien que lanzaba órdenes. La respuesta gutural de otro.

Poniéndose su bolsa cruzada a la espalda, Cinder avanzó arrastrándose por el suelo polvoriento, bajo la tela que cubría su mesa de trabajo. Deslizó sus dedos hacia el hueco debajo de la cortina metálica y la levantó ligeramente. Con la mejilla sobre el pavimento caliente y rugoso, pudo distinguir tres pares de botas amarillas cruzando la plaza. Un equipo de emergencias. Abrió la cortina un poco más y vio a los hombres –todos con máscaras antigás– emparar el interior de un local con líquido de un bidón amarillo. Aunque estaba al otro lado de la plaza, Cinder frunció la nariz al percibir el hedor.

–¿Qué pasa? –preguntó Iko detrás de ella.

–Van a quemar el local de Chang-jiě.

Los ojos de Cinder recorrieron el lugar y notaron la pristina nave blanca posada cerca de la esquina. Salvo por los tres hombres, la

plaza estaba desierta. Se recostó sobre su espalda y miró el sensor de Iko, que seguía brillando tenuemente en la oscuridad.

–Nos iremos cuando empiece el fuego, cuando estén distraídos.

–¿Estamos en problemas?

–No. Pero hoy no tengo ganas de que me pongan en cuarentena.

Uno de los hombres dio una orden y otros caminaron arrastrando los pies.

Cinder giró la cabeza y miró a través del hueco. Estaban lanzando una chispa al interior del negocio. El olor de la gasolina pronto se fundió con el de pan quemado. Los hombres retrocedieron; las llamas crecientes dibujaban el contorno de sus uniformes.

Estirándose, Cinder tomó por el cuello a la androide del príncipe Kai y la dejó a un lado. Poniéndosela bajo el brazo, abrió la puerta lo suficiente para salir a rastras, manteniendo la mirada sobre las espaldas de los hombres. Iko la siguió, deslizándose hacia el local de al lado mientras Cinder bajaba la cortina. Pasaron rápidamente frente a los otros negocios –la mayoría de los cuales se quedaron abiertos durante el éxodo masivo– y dieron vuelta en el primer callejón que se abría entre las casetas. El humo negro manchó el cielo sobre ellas. Segundos después, un cúmulo de naves de noticiarios pasó zumbando sobre los edificios hacia la plaza del mercado.

Cinder aminoró el paso una vez que habían puesto suficiente distancia entre ellas y el mercado, saliendo del laberinto de callejones. El sol ya había pasado su punto más alto y estaba descendiendo detrás de los rascacielos al poniente. El aire exudaba humedad con el calor de agosto, pero ocasionalmente una brisa tibia se colaba entre los edificios y formaba remolinos con la basura de las cunetas. A cuatro manzanas del mercado, aparecían de nuevo señales de vida en las calles: grupos de transeúntes en las aceras murmurando sobre el brote de peste en el centro de la ciudad. Las pantallas instaladas en

los muros de los edificios mostraban imágenes del fuego y el humo en el centro de Nueva Beijing y titulares alarmistas, según los cuales la cifra de infectados aumentaba cada segundo aunque, según sabía Cinder, solo se había confirmado que había una persona enferma.

—Todos esos panecillos dulces... —dijo Iko cuando mostraron un acercamiento del local ennegrecido.

Cinder se mordió la mejilla. Ninguna de ellas había probado jamás las aclamadas delicias de la panadería del mercado. Iko no tenía papilas gustativas y Chang Sacha no atendía a los cyborgs.

Las torres de oficinas y los centros comerciales se mezclaron gradualmente con una desordenada variedad de edificios de apartamentos, construidos tan cerca entre sí que se convertían en un tramo interminable de cristal y concreto. Alguna vez los apartamentos en este punto de la ciudad fueron espaciosos y atractivos, pero con el tiempo habían sido remodelados y subdivididos tantas veces —siempre tratando de atiborrar más gente en la misma superficie— que los edificios se habían convertido en laberintos de corredores y escaleras.

Toda esa fealdad hacinada quedó en el olvido por un momento cuando Cinder dio vuelta en la esquina de su calle. Por un instante, el palacio de Nueva Beijing podía verse en medio de los conjuntos de edificios, amplio y sereno sobre el acantilado que dominaba la ciudad. Las cúpulas doradas y puntiagudas del palacio resplandecían con tonos anaranjados bajo el sol, las ventanas reflejaban la luz de regreso a la ciudad. Los aleros recargados de adornos, los pabellones escalonados que se balanceaban peligrosamente cerca de la orilla del risco, los templos circulares que se extendían hacia los cielos. Cinder hizo una pausa más larga de la habitual para mirarlo, pensando en alguien que vivía más allá de aquellas murallas, que quizás estaba allí en ese preciso segundo.

No era que no supiera, cada vez que había visto el palacio, que el príncipe vivía allí; pero hoy sintió una conexión que nunca antes había experimentado, y con ella un placer casi presuntuoso. Había conocido al príncipe. Él había ido a su negocio. Él sabía su nombre.

Aspirando una bocanada de aire húmedo, se obligó a dar la vuelta, sintiéndose infantil. Iba a empezar a sonar como Peony.

Se pasó la androide real al otro brazo mientras junto a Iko se agachaba para pasar bajo una saliente de la torre de apartamentos Phoenix.

Colocó su muñeca libre frente al escáner identificador en la pared y escuchó el sonido metálico de la cerradura.

Iko usó las extensiones de sus brazos para bajar por las escaleras hacia el sótano, un oscuro laberinto de espacios de almacenamiento divididos con malla metálica. Mientras una oleada de aire rancio soplabla hasta ellas, la androide encendió su reflector, dispersando las sombras de las escasas luces de halógeno. Era un camino conocido desde la escalera hasta el espacio de almacenamiento número 18-20: la jaula estrecha y siempre helada que Adri permitía que ella usara para sus tareas.

Cinder despejó un espacio para la androide en medio del desorden de la mesa y dejó la mochila en el piso. Se cambió los guantes de trabajo pesado por unos menos sucios, de algodón, antes de cerrar la bodega.

—Si Adri pregunta —dijo mientras se dirigía a los elevadores—, nuestro local ni siquiera está cerca del de la panadera.

La luz de Iko parpadeó.

—Anotado.

Estaban solas en el elevador. No fue hasta que salieron, en el piso 18, que el edificio se convirtió en una colmena: niños persiguiéndose en los corredores, gatos domésticos y callejeros trepando por las

paredes, el constante parloteo difuso de las pantallas que brotaba por las entradas de las habitaciones. Cinder ajustó la salida de ruido de fondo en su interfaz cerebral mientras esquivaba a los niños camino al apartamento.

La puerta estaba completamente abierta, lo que hizo que se detuviera y revisara el número antes de entrar.

Escuchó la voz severa de Adri desde la estancia. “Más escote para Peony. Parece una anciana”.

Cinder miró alrededor. Adri estaba de pie con una mano sobre la repisa de la chimenea holográfica; llevaba una bata de crisantemos bordados que se confundía con la colección de abanicos de colores estridentes que cubría la pared detrás de ella: imitaciones de apariencia antigua. Con la cara reluciente por el exceso de maquillaje en polvo y los labios pintados de un tono horriblemente brillante, Adri lucía casi como una imitación de sí misma. Su rostro se veía como si hubiera estado planeando ir a alguna parte, aunque rara vez dejaba el apartamento.

Si acaso vio a Cinder merodeando en la entrada, la ignoró.

La pantalla situada encima de las llamas sin calor estaba mostrando escenas del mercado. El local de la panadera había quedado reducido a unos cuantos escombros y el armazón de un horno portátil.

En el centro de la habitación, Pearl y Peony estaban de pie, envueltas en seda y tul. Peony sostenía su cabello oscuro y rizado mientras una mujer a la que Cinder no reconoció ajustaba nerviosamente el escote del vestido. Peony la vio por encima del hombro de la mujer y sus ojos se iluminaron mientras su rostro enrojecía.

Hizo un gesto señalando el vestido con un chillido apagado.

Cinder respondió con una sonrisa burlona. Su hermanastra menor lucía angelical con su vestido completamente plateado y reluciente, que resplandecía con tonos lavanda cuando reflejaba la luz del fuego.

–Pearl –Adri hizo un gesto a su hija mayor moviendo el dedo en círculos, y Pearl se dio la vuelta, mostrando una hilera de botones de perla a lo largo de su espalda. Su vestido hacía juego con el de Peony, con su corpiño ceñido y falda amplia, solo que era dorado–. Vamos a ajustar más en la cintura.

Mientras colocaba un alfiler en el dobladillo del escote de Peony, la extraña empezó a observar a Cinder en la entrada, pero apartó la mirada rápidamente. Retrocediendo, la mujer tomó un montón de alfileres de entre sus labios y ladeó la cabeza.

–Ya está bastante ceñido –dijo–. Queremos que baile, ¿no?

–Queremos que encuentre marido –respondió Adri.

–No, no –la costurera rio disimuladamente al tiempo que estiraba y sujetaba material alrededor de la cintura de Pearl. Cinder pudo ver que Pearl estaba sumiendo el estómago tanto como podía; notó los bordes de sus costillas debajo de la tela–. Es demasiado joven para casarse.

–Tengo diecisiete –dijo Pearl mirando con odio a la mujer.

–¡Diecisiete! ¿Lo ve? Es una niña. Ahora es solo por diversión, ¿verdad, chiquilla?

–Ella es demasiado cara para la diversión –dijo Adri–. Espero que este vestido dé resultados.

–No se preocupe, Linh-jič. Se verá tan adorable como el rocío de la mañana.

Colocando los alfileres otra vez en su boca, la mujer volvió a concentrar su atención en el escote de Peony.

Adri levantó el mentón y finalmente notó la presencia de Cinder. Miró fijamente sus botas sucias y sus pantalones de trabajo.

–¿Por qué no estás en el mercado?

–Hoy cerró temprano –dijo Cinder dirigiendo la vista hacia la pantalla, pero Adri no le prestó atención. Fingiendo despreocupación,

señaló con el pulgar hacia el corredor—. Entonces... voy a asearme y estaré lista para que ajusten mi vestido.

La costurera hizo una pausa.

—¿Otro vestido, Linh- jië? No traje material para...

—¿Ya cambiaste la banda magnética de la nave?

La sonrisa de Cinder se desdibujó.

—No. Aún no.

—Bueno, ninguna de nosotras irá al baile a menos que eso esté arreglado, ¿cierto?

Cinder contuvo su irritación. Ya habían tenido esa conversación dos veces la semana pasada.

—Necesito dinero para comprar una banda magnética nueva. Por lo menos 800 univs. Si los ingresos del negocio no se depositaran directamente en tu cuenta, ya habría comprado uno.

—¿Y confiar en que no lo gastarás todo en juguetes inútiles?

Adri dijo *juguetes* con una mirada despectiva a Iko y una mueca en los labios, aun cuando, técnicamente, Iko le pertenecía.

—Además, no puedo pagar una banda magnética y un vestido nuevo que solo usarás una vez. Tendrás que encontrar otra forma de reparar la nave o buscarte tu propio vestido para el baile.

Cinder hervía de enojo. Podía mencionar que Pearl y Peony bien pudieron haber usado vestidos fabricados en lugar de que se los confeccionaran a la medida para que también ella tuviera uno. Podía argumentar que ellas también usarían sus vestidos una sola vez. Podía señalar que, como era la que trabajaba, ella tendría que recibir el dinero y gastarlo como mejor le pareciera. Pero las discusiones no llegaban a ningún lado. Legalmente, Cinder le pertenecía a Adri tanto como la androide doméstica, al igual que su dinero, sus escasas pertenencias y hasta el nuevo pie que acababa de implantarse. Adri adoraba recordarle eso.

Así que apagó su rabia antes de que su madrastra pudiera ver una chispa de rebelión.

–Tal vez pueda cambiar algo por la banda magnética. Voy a revisar en las tiendas locales.

Adri bufó.

–¿Por qué no lo cambias por esa androide inútil?

Iko se escondió detrás de las piernas de Cinder.

–No nos darían mucho por ella –respondió–. Nadie quiere un modelo tan viejo.

–No, ¿verdad? Tal vez tenga que venderlas a las dos por piezas –dijo Adri mientras jugueteaba con el dobladillo de una manga de Pearl–. No me importa cómo repares la nave, solo arréglala antes del baile, y que sea barato. No necesito ese montón de chatarra ocupando un valioso espacio de estacionamiento.

Cinder metió las manos en los bolsillos traseros.

–Estás diciendo que si arreglo la nave y consigo un vestido de verdad, ¿puedo ir este año?

Adri frunció ligeramente la comisura de los labios.

–Será un milagro si puedes encontrar algo adecuado que ponerte y que oculte tus... –dejó caer la mirada en las botas de Cinder– *excentricidades*. Pero, sí. Si arreglas la nave, supongo que puedes ir al baile.

Sorprendida, Peony dirigió una sonrisa a medias a Cinder, mientras su hermana mayor volteaba a mirar a su madre.

–¡No estarás hablando en serio! ¿Ella? ¿Irá con nosotras?

Cinder apoyó su hombro en el marco de la puerta, tratando de disimular su desilusión a los ojos de Peony. Los insultos de Pearl eran innecesarios. Una pequeña luz naranja se había encendido en una esquina del campo visual de Cinder: Adri no tenía intención de cumplir su promesa.

–Bueno –dijo, tratando de parecer animada–. Creo que mejor voy a buscar una banda magnética.

Adri extendió el brazo hacia Cinder, con la atención nuevamente concentrada en el vestido de Pearl. Una despedida silenciosa.

Cinder echó una última mirada a los suntuosos vestidos de sus hermanastras antes de salir de la habitación. Apenas había enfilado por el corredor, cuando Peony gritó con voz chillona.

–¡El príncipe Kai!

Helada, Cinder volvió la mirada a la pantalla. Las alertas por la peste habían sido sustituidas por una transmisión en vivo desde la sala de prensa del palacio. El príncipe Kai estaba hablando ante una muchedumbre de periodistas, humanos y androides.

–Activar volumen –dijo Pearl, empujando a la costurera a un lado.

“... la investigación sigue siendo nuestra mayor prioridad”, decía el príncipe Kai sujetando los bordes del podio. “Nuestro equipo de investigación está decidido a encontrar una vacuna para esta enfermedad que ya afectó a uno de mis padres y amenaza al otro, así como a miles de nuestros ciudadanos. La situación se ha vuelto aún más grave debido al brote ocurrido hoy dentro de la ciudad. Ya no podemos afirmar que esta enfermedad se limita a las comunidades pobres y rurales de nuestro país. La letumosis es una amenaza para todos, y encontraremos una forma de detenerla. Solo entonces podremos comenzar a reconstruir nuestra economía y lograr que la Comunidad Oriental recupere la prosperidad”.

Hubo algunos aplausos desgastados entre la multitud. Las investigaciones sobre la peste se habían estado realizando desde que ocurrió el primer brote, en una pequeña ciudad de la Unión Africana, desde hacía más de doce años. Al parecer, se habían logrado muy pocos avances. Mientras, la enfermedad había surgido en cientos de comunidades aparentemente inconexas en todo el mundo. Cientos de

miles de personas habían enfermado, sufrido, muerto. Hasta el esposo de Adri la había contraído en un viaje a Europa, el mismo viaje en que había aceptado convertirse en tutor de una cyborg huérfana de once años. Uno de los pocos recuerdos que Cinder tenía de ese hombre era el momento en que se lo llevaban para ponerlo en cuarentena mientras Adri despoticaba para que no la dejara con *esta cosa*.

Adri nunca habló acerca de su marido, y en el apartamento había pocos recuerdos de él. El único recordatorio de que había existido era una secuencia de placas holográficas y medallones labrados que estaban alineados sobre la repisa de la chimenea: reconocimientos y premios de una feria internacional de tecnología por tres años consecutivos. Cinder no tenía idea de qué había inventado. Evidentemente, cualquier cosa que hubiera sido no funcionó, pues cuando murió prácticamente no dejó dinero a su familia.

En la pantalla, el discurso del príncipe Kai fue interrumpido cuando un extraño subió al estrado y le entregó una nota. La mirada del príncipe se ensombreció. La pantalla quedó negra.

La sala de prensa fue sustituida por un escritorio delante de una pantalla azul. Sentada, una mujer inexpresiva con los nudillos blancos sobre el escritorio.

“Interrumpimos esta conferencia de prensa de Su Alteza Imperial con una actualización sobre el estado de salud de Su Majestad Imperial, el emperador Rikan. Los médicos del emperador acaban de informarnos que Su Majestad ha entrado en la tercera fase de la letumosis”.

Jadeante, la costurera se sacó los alfileres de la boca. Cinder se recargó en el marco de la puerta. Ni siquiera había pensado en darle sus condolencias a Kai, o desearle que el emperador recuperara la salud. Debía de pensar que era tan insensible... Tan ignorante...

“Nos han informado que se está haciendo todo lo posible por reconfortar a Su Majestad Imperial en estos momentos, y los funcionarios del palacio nos dicen que los investigadores trabajan sin descanso en la búsqueda de una vacuna. Aunque continúa el reclutamiento de cyborgs, aún se necesitan con urgencia voluntarios para probar antídotos.

“Ha habido mucha controversia acerca del 126º Festival Anual de la Paz debido a la enfermedad del emperador, pero el príncipe Kaito ha dicho a la prensa que el festival continuará como está programado y espera que brinde algo de alegría en estos momentos trágicos”. La presentadora hizo una pausa, indecisa, aún con el apuntador frente a ella. Su rostro se suavizó, y su voz rígida trino al finalizar: “Larga vida al emperador”.

En un susurro, la costurera repitió las palabras de la presentadora. La pantalla volvió a ponerse negra antes de regresar a la conferencia de prensa, pero el príncipe Kai había abandonado el podio y los periodistas, conmocionados, transmitían sus reportes ante sus respectivas cámaras.

—Conozco a una cyborg que podría ofrecerse de voluntaria para las pruebas de la peste —dijo Pearl—. ¿Por qué esperar al reclutamiento?

Cinder lanzó una mirada furiosa a Pearl, quien era casi quince centímetros más baja que ella a pesar de ser un año mayor.

—Buena idea —dijo—. Y luego tú podrías conseguir un empleo para pagar tu lindo vestido.

—Ellos indemnizan a las familias de los voluntarios, cabeza de alambre —gruñó Pearl.

Un equipo real de investigadores había comenzado el reclutamiento de cyborgs hacía un año. Cada mañana se seleccionaba el número de identificación de uno de tantos miles de cyborgs que

residían en la Comunidad Oriental. Los seleccionados habían sido trasladados desde provincias tan distantes como Bombay y Singapur para servir de conejillos de indias en las pruebas de antídotos. Se decía que ofrecer tu vida por el bien de la humanidad era una especie de honor, pero en realidad solo era un recordatorio de que los cyborgs no eran como todos los demás. Muchos de ellos habían recibido una segunda oportunidad de vida de las generosas manos de los científicos, y por ello debían su existencia a aquellos que los habían creado. Eran afortunados de haber vivido tanto, pensaban muchos. Lo correcto era que ellos fueran los primeros en ofrecer su vida en busca de una cura.

–No podemos ofrecer a Cinder como voluntaria –dijo Peony, recogiendo su falda–. Necesito que arregle mi pantalla portátil.

Pearl resopló y le dio la espalda a las dos. Peony frunció la nariz.

–Dejen de pelear –dijo Adri–. Peony, estás arrugando tu falda.

Cinder volvió al corredor mientras la costurera reanudaba su trabajo. Iko ya estaba dos pasos delante de ella, ansiosa por escapar de la presencia de Adri.

Apreciaba que Peony la defendiera, desde luego, pero sabía que al final eso no importaba. Adri nunca la ofrecería como voluntaria para las pruebas porque eso acabaría con su única fuente de ingresos, y Cinder estaba segura de que su madrastra no había trabajado un solo día en su vida.

Pero si la reclutaban nadie podría hacer algo al respecto. Y recientemente, parecía que un número desproporcionadamente alto de los seleccionados eran de Nueva Beijing y de los suburbios circunvecinos.

Cada vez que una de las víctimas del reclutamiento era una adolescente, Cinder imaginaba un reloj haciendo tic-tac dentro de su cabeza.